

Fatos Kongoli

El sueño de Damocles

Traducción del albanés de
María Rocés González

 Siruela

Nuevos Tiempos

Prólogo

Hace tres años, en el otoño de 1997, R.G. se suicidó. En el convulso clima que imperaba entonces un hecho de esta naturaleza, se comprende, no tuvo nada de extraordinario. Incluso hoy en día para el lector –en el caso de que este libro llegue a tener algún lector– la muerte, sea cual sea su motivo –los boletines oficiales clasifican de forma abrumadora los motivos en la categoría de «triviales»–, forma parte de los asuntos cotidianos de la vida. Da igual el periódico o el canal de televisión que las gentes elijan, porque en cualquiera de ellos se encontrarán con la crónica de las muertes del día. Si por una u otra razón no la encuentran, se inquietan, les entra un malestar parecido al que sienten los que acostumbran a leer habitualmente el horóscopo cuando el periódico o el canal en cuestión lo ha omitido. En tales circunstancias, un suicidio no sorprende a nadie. Tampoco yo pretendo sorprender a nadie al recordar el suicidio del señor R.G.

Las razones que me empujan a atraer la atención, por poca que sea, sobre este caso tienen que ver con una obligación, digamos, moral. El suicidio se produjo en mi casa, en una de las habitaciones de la vivienda que habito, que tenía alquilada a la víctima. Y a propósito, ignoro si en el presente caso será acertado o no hablar de víctima. Los desdichados que optan por el suicidio para solucionar las contradicciones que mantienen consigo mismos o con el mundo, quizá con ambos, son propiamente víctimas. Pero si no viene a cuento o suscita controversia, lo retiro. Al fin y al cabo, los términos no tienen para mí la menor importancia. De los términos se ocupan los especialistas y yo no lo soy. Como he remarcado antes, solo soy el testigo de un suicidio. Y este se

produjo cierto día en una de las habitaciones de mi casa. A esta circunstancia se añadirán después otras mucho más esenciales.

Para mí, R.G. no era un inquilino normal y corriente. Él no se presentó en mi casa solo porque de entre un montón de anuncios escogiera el mío. En el caso que nos ocupa, pues, la casualidad no intervino. Conocía a R.G. y él me conocía a mí. Para él yo era un viejo amigo de su padre y para mí él era el hijo único de un amigo de toda la vida. En este aspecto me siento doblemente preocupado, tanto en relación con el padre como con el hijo, y presa de un indeleble sentimiento de culpa que me pesa en el alma.

Cuando R.G. se suicidó yo me encontraba en un bar próximo a mi edificio tomando una copa. Uno de los vecinos llegó a la carrera y me apremió para que lo dejara porque en mi vivienda se había oído un disparo de pistola y algo, pues, debía de haber ocurrido. A decir verdad, al principio no le di importancia. No tenía por qué dársela. Los tiros se oían día y noche por doquier y bien podía ser que el vecino creyera que el disparo procedía de mi casa. No me inquieté tampoco por otra razón de mayor calado: al salir de mi casa cerca de una hora antes, había dejado a R.G. en mi estudio. Llevaba encerrado allí alrededor de diez días, prácticamente de la mañana a la noche, escribiendo algo a máquina. Pese a los problemas suscitados en ocasiones por su delicado estado mental, nada en su comportamiento de aquellos días me hacía vaticinar que lo que estaba redactando era una especie de testamento, su última palabra antes de abandonar este mundo.

Encontramos el cuerpo de R.G. en su habitación. Se había dado muerte sobre la cama y yo cerré la puerta de inmediato, apenas lo vislumbré desde lejos tendido y anegado en sangre. La policía llegó muy rápido, a los diez minutos de telefonarle yo. Me quedé de nuevo en el pasillo cuando cierto número de civiles y de azules uniformados, por tomar prestado la jerga periodística, entraron en la habitación y se consagraron al suicida el tiempo que consideraron necesario para obtener alguna prueba material, entre ellas una pequeña pistola modelo ruso TT de fabricación china. Los expertos me hicieron saber, no sin extrañeza, que no habían encontrado escrito alguno, ni siquiera una nota por breve que fuera.

–Normalmente –se me quejó uno de ellos–, los suicidas dejan alguna clase de explicación, a modo de disculpa o de acusación, sobre el acto que cometen, lo que nos ayuda bastante a esclarecer el caso. Ahora bien, según parece, este chaval no ha querido dejar nada, se lo ha llevado todo consigo.

Me encogí de hombros. Y por poco no cometo una estupidez.

–Estás en un error –estuve a punto de decirle–, es imposible que no encuentres ninguna prueba por escrito. Desde hace diez días, la víctima escribía algo con mi máquina que seguramente debe estar en alguna parte.

La intuición me ayudó a no cometer esa estupidez. Solo me encogí de hombros, cerré la boca y me mantuve mudo en el pasillo hasta que ellos acabaron su trabajo, inspeccionaron y fotografiaron la escena y el cadáver. Al final, colocaron el cuerpo sobre una camilla, los expertos sellaron la puerta de la habitación y se marcharon todos. Pero el asunto, como era de esperar, no se dio por zanjado. Tuve que hacer acto de presencia cada vez que al juez instructor del caso se le ocurría interrogarme. Es esta una fastidiosa historia en la que no merece la pena que me extienda. Después llegó el momento en que los expertos juzgaron razonable cerrar el caso. Todo apuntaba a un puro y clásico suicidio, fruto de un delicado estado mental, y me dejaron en paz.

Ahora, tres años después, considero llegado el momento de relatarlo. Mis declaraciones, en los cerca de dos meses que duraron las diligencias y hasta que se archivó el caso, fueron honestas salvo en un punto, en el que mentí de modo consciente. Me refiero al testimonio escrito. Yo mantuve la patraña de que la víctima no había dejado nada escrito, información que acreditó mi vecino. Cuando abrimos la puerta de la habitación y vimos sobre la cama al suicida, ninguno de los dos entró. Hasta aquí todo era absolutamente cierto. Mi patraña comenzó en cuanto se fueron los expertos, me quedé solo y me entraron las dudas. «No, amigo mío, no –me dije–. Tú no puedes haberte ido así, no es tu estilo.» Y entré en mi estudio. La máquina de escribir estaba en su sitio, tapada con su funda de tela contra el polvo. Sobre la mesa no había ninguna hoja en blanco o escrita. En la papelera ningún trozo de papel arrugado. Lo que buscaba lo encontré en el armario, entre una hilera de carpetas. Estaba colocado de

manera que saltara a la vista. Era una vieja carpeta, de esas de cartón grueso con gomas.

A continuación le brindo al lector el contenido de esa carpeta. Considero innecesaria una nota preliminar, cualquier tipo de aclaración o comentario estilístico. De hacerlo denigraría la memoria del difunto. Pero quizá tenga interés una precisión. En su testimonio R.G. tuvo a bien no aparecer con su verdadero nombre. Lo que me induce a una serie de hipótesis y, sobre todo, a la dolorosa sospecha de que la indecisión y la falta de resolución para quitarse la vida asaltaron durante largo tiempo al difunto. En cuanto al resto de actores, buena parte de los cuales son conocidos míos, aparecen con sus nombres verdaderos.

La decisión de ofrecer el contenido de la carpeta no la tomé enseguida. Necesité tres años para decidirme. Hube de superar las dudas, los escrúpulos morales comúnmente aceptados. Y considerar los peligros a afrontar. Pero ¿quién podría asegurar hoy, en nuestra tierra albanesa, que no se siente expuesto a toda clase de peligros?

A las gentes ya nada les interesa. Tal vez haya sido siempre así, en todo tiempo, por los siglos de los siglos y, al hacer esta afirmación, yo esté repitiendo algo archiconocido. Lo siento, no es mi intención aburrir a nadie. Solo quiero romper alguno de los cristales. Sacar después la cabeza por la ventana y ponerme a gritar. Pero esto es terrible. Me hace sentirme perdido desde el principio porque, sin pretenderlo, ofrezco desde el principio una falsa idea de mí mismo. Yo sé cuál es el mote que le pondrían a alguien que siente el impulso de romper cosas y gritar, pero eso solo sería la mitad del mal. No me importa que me llamen loco, no es ninguna vergüenza ni algo raro estar loco. Lo que pasa es que tengo la cabeza embarullada, no estoy seguro de si lo que vivo es real o lo que me sucede corresponde al pasado, de si me he quedado atrapado en él y no soy capaz de liberarme. Como se queda atrapada una mosca en la telaraña.

Me rodean un par de cosas, los desvelos y el silencio. Cierto que, durante el día, del alba al anochecer, el silencio lo rompen de modo alternativo las campanas de una iglesia y la salmodia del almuédano transmitida por los altavoces desde el minarete de una mezquita y, por la noche, tras el toque de queda del estado de excepción, las ráfagas de los kaláshnikov. Pero yo me refiero a otra clase de silencio, el que aterra, el de los hombres. Las actuales circunstancias me hacen dudar de la naturaleza de mi propio estado, enmarcado en el estado de excepción en que está inmersa la sociedad. Me refiero al estatus que se me otorga cuando se examinan los desechos de la moral, los cuales, tras pasar por cierto número de tamices ocultos, acaban bajo la lente de los médicos y

la policía. Estos, a su vez, proclaman qué miembros de la sociedad han de ser considerados normales, a cuáles se ha de marcar con el sello de la peligrosidad social, a cuáles se acoge y a cuáles se excluye, a cuáles han de mantener encerrados en las cárceles o en los manicomios. En mi caso, eso no tiene importancia. Desde hace tiempo he tenido que vérmelas tanto con la policía como con los médicos, aunque nunca haya estado encerrado ni en la cárcel ni en el manicomio. Cuanto más me caliento la cabeza y me torturo para dar con una explicación lógica para mi estatus actual, tanto mejor comprendo que todo apunta de modo irrefutable a que me encuentre simultáneamente en la cárcel y en el manicomio.

Hete aquí cómo he vuelto a caer en la trampa, como cae la mosca en la telaraña. Pero me parece que estoy siendo muy claro. Equivocaciones aparte, afirmo sin el menor género de duda que, en la actualidad, la casa de mi padre es a un tiempo mi cárcel y mi manicomio. Para evitar una posible confusión temporal, he de decir: era y es la casa de mi padre.

Me refiero a la nueva casa, cuyas coordenadas deseo mantener ocultas.

Hace siete u ocho meses nos peleamos de mala manera, mi padre y yo, quiero decir. Me fui de casa, aunque sería más exacto afirmar que me echó él: «No vuelvas a pisar nunca más este umbral», me dijo, y añadió que yo le daba asco, que se avergonzaba de mí, de modo que me marché resentido, sin la menor idea de adónde ir; me bastaba con alejarme de su regia prepotencia. Por entonces aún vivíamos en un bloque por la zona del cementerio de Bami y durante aquellos meses de absoluta incomunicación no supe nada de él y puede que tampoco él de mí.

Aunque esto último es posible que no sea cierto. De lo contrario no se explica cómo después de haberme desmayado, al abrir los ojos, la primera cara que se me apareciera fuera la de mi madrastra, lo que me hizo comprender dónde me encontraba. Pero solo había comprendido una parte de la verdad, puesto que esta no era la casa de la infancia, era una villa con tres habitaciones y un baño en la planta baja, y lo mismo en la primera planta donde me encontraba rodeado de comodidades, de un profundo

y permanente silencio y casi todo el tiempo bajo los desvelos de mi madrastra.

En este punto veo necesario abrir el primero de los paréntesis. Tiene que ver con Dizi, que es como se llama mi madrastra. El propósito de este paréntesis no busca simplemente echar por tierra la tradicional y equivocada connotación de la palabra «madrstra». Dizi es una mujer joven y hermosa, unos veinte años más joven que mi padre, con la piel blanca aunque de rasgos trigueños, que habla siempre en voz baja como si tuviera miedo de molestar. Cuando abrí los ojos y la vi sobre mí, quise gritarle (¡otra vez gritar...!), decirle que se fuera, que me dejara en paz. Cuando abrí los ojos y observé que los suyos se humedecían, habría deseado preguntarle el porqué de aquellas lágrimas. ¿Lo lamentaba por Linda, lo lamentaba por mí o por ella misma y trataba así de librarse del remordimiento del pecado? Pero quizás en el momento de volver en mí ella no se me apareciera para recordarme un pecado suyo. Se me apareció para traerme a la memoria mi propio pecado, las consecuencias de mi castigo.

Me sentía muy mal. Tuve la sensación de que en el interior de mi cráneo flotaba algo parecido a una amalgama de lava volcánica. Mi dolor era testimonio de la realidad, es decir, yo continuaba viviendo y la senda hacia Linda me había sido cortada. Al principio, por el olor a medicamentos y el soporte metálico del suero junto a mí, sospeché que me encontraba en el hospital. Impresión que reforzó el vendaje de mi cabeza. Automáticamente alcé la mano y me la toqué sin llegar a comprender por qué me encontraba allí y por qué razón tenía la cabeza vendada. Solo recordaba un destello entre los dos puntos opuestos de un oscuro segmento, entre mi despertar y el instante previo al desmayo. Después, en cuanto me percaté de la cama, de la habitación, de los muebles alrededor, de los cuadros colgados en la pared, que me resultaban muy familiares, de un televisor algo más allá, descarté la idea de una habitación de hospital. Me encontraba en algún otro lugar donde todo me resultaba extraño, salvo los cuadros, por no mencionar la cara de Dizi. Estaba destrozado, no tenía fuerzas ni siquiera para preguntar dónde me encontraba, me sobrevino un nuevo desvanecimiento, una caída al agujero y me extrañó no oír esta vez el disparo. Puede que los hombres

hubieran dejado ya de disparar y que yo, ligero como una pluma de paloma arrastrada por el viento, sintiera con claridad que me hundía en la inconsciencia para, de ese modo, dar tal vez con la senda que conducía a Linda.

No fue así y volví a abrir los ojos. Según Dizi, esto ocurrió tras un nuevo episodio de delirio, que se prolongó durante veinticuatro horas. Otra vez tuve la impresión de que flotaba en el interior de mi cráneo una amalgama de lava volcánica, mi cuerpo estaba molido y el vendaje me presionaba la cabeza como un grillete. Y me inquietaban dos cosas: un interrogatorio por parte de los médicos o un interrogatorio en alguna otra parte, en alguna comisaría de policía. Recordaba con nitidez que había querido causar una muerte. Sin ninguna duda... Pero puede que mis deseos homicidas se quedaran solo en eso, en simples deseos, y que pese a mi determinación no hubiera conseguido matar a nadie. De algo me acordaba con certeza, de la pistola modelo ruso TT de fabricación china. Se la había comprado a un gitano en un recodo del mercadillo de segunda mano, que en aquellos días de marzo se encontraba vacío. Nadie se atrevía a salir de casa a vender o a comprar mercancías. Yo salí, y no en busca de zapatos usados ni de calzoncillos de personas ahora difuntas. Salí en busca de otro utensilio que se podía encontrar allí al por mayor y a un precio razonable, y lo adquirí barato en un recodo del mercadillo de los Gitanos. Eso lo recuerdo perfectamente, como recuerdo que deambulé por las calles armado y con el cargador lleno, pero después ya no sé lo que hice, no sé si utilicé o no la pistola, si la perdí o me la robaron, o si simplemente la escondí en alguna parte y ahora se me ha olvidado dónde.

Lo que más me urge es precisar si he matado a alguien o no. Si lo he matado, habría que proclamarlo a los cuatro vientos, no acepto ser un homicida común y corriente, un salteador de caminos, un terrorista con pasamontañas negro, es decir, exijo un juicio en regla. En ese caso me volveré de acusado en acusador. He planeado al detalle la estrategia de mi propia defensa sin necesidad de abogado defensor. No necesito defensa. Quiero decir mi verdad. Solo eso.